



# Notas de pastoral Juvenil

# 4



## Modos de comprender la **vocación** humana

Caminos de Reflexión sobre la « Dimensión Vocacional »  
de la Pastoral Juvenil Salesiana  
Inspección Salesiana San Gabriel Arcángel - Chile

## Capítulo 2

# Diversos modos de comprender la Vocación Humana



Tal vez porque recién hemos cambiado de siglo, a todos se nos agudiza la sensibilidad histórica. Nos damos cuenta de los procesos en el tiempo y nos ponemos más lúcidos acerca de la evolución que han experimentado los esfuerzos y las tareas en las que estamos involucrados. Nos damos cuenta, en fin, de que no somos los únicos ni los primeros que hemos estado en la tarea en que estamos.

Desde luego, con el paso del tiempo, ha cambiado notablemente el modo de mirar la vocación humana. Es importante darnos cuenta que nuestro modo de comprender la vocación, tiene una historia que se entreteje con la evolución de la cultura.

Por esto, recorramos la historia de la vocación humana, para darnos cuenta de qué hemos vivido, ubicarnos mejor dónde estamos y para dónde vamos en esto de acompañar a los jóvenes a resolver sus proyectos vitales.

Una mirada atenta a la evolución cultural de occidente en los últimos cien años, nos permite descubrir, en principio dos grandes etapas culturales, las cuales representan modos diferentes

de comprender el mundo, la sociedad, la fe, el papel de los hombres y de las mujeres y, por cierto, la vocación humana.

Veamos esas etapas.

### 2.1. El mundo tradicional de comienzos del siglo XX

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por el predominio de la sociedad tradicional, que podríamos describir a grandes rasgos como una cultura donde el orden social se considera natural y, por tanto, se valora conservarlo. Las peculiaridades individuales así como las inclinaciones personales no eran tan importantes como el orden y la tradición. Prevalecía una ética heterónoma y convencional, vale decir, controlada desde fuera del individuo y operada por acuerdo social tácito.

En el mundo tradicional se desconfía del yo individual, porque se lo considera fuente de apetitos egocéntricos y de descontrol, cuando lo que se valora es el cumplimiento de los deberes y el autocontrol.

En la sociedad tradicional, la autoridad goza de un enorme prestigio y se tiende a sospechar de la libertad individual. La religión se suele vivir como una omnicomprensión de toda la realidad y tiene gran impacto sobre la vida personal y colectiva.

En términos muy generales podemos decir que, en la cultura tradicional, la mayoría de las personas cumplían con su deber, había orden, respeto y disciplina. Al mismo tiempo, se daban fuertes componentes controladores, inhibitorios, culpógenos, sacralistas y hasta cierto punto infantilizadores.

En el mundo tradicional que hemos descrito, la vocación humana se tiende a comprender cómo responder al llamado que cada uno ha recibido

por voluntad de Dios. Es como el modo de alcanzar en el más allá, un premio eterno, para lo cual es preciso sacrificarse en este mundo, cumpliendo con el deber. La vocación se entiende entonces como *lo que cada uno tiene que ser*.

Como hemos visto, no se pretende en primer lugar, que la vocación ofrezca gozo y realización. Más bien se espera abnegación y sacrificio. La felicidad plena se pospone para el más allá.

Desde el punto de vista psicológico, el cumplimiento del deber suele operar a través del mecanismo de la culpa, del temor a la reprobación de la autoridad, al rechazo social y, particularmente, del temor a la condena-

ción eterna. No se alienta el cuestionamiento ni el sentido crítico. Se alienta la adaptación a la situación y la sumisión a la autoridad.

Este control y dependencia externa son congruentes con la desconfianza y sospecha de sí mismo. El cumplimiento del deber se logra a través de la inhibición de los deseos personales, viviendo como opuestos irreconciliables, la obediencia al deber y la obediencia a sí mismo, sobre la que siempre recae la sospecha de ser fuente de relajación. Por eso se decía, si "debo" entonces "tengo que poder".

En general, la realización de la vocación está poco entregada a la fuerza interna, a las decisio-

nes personales o a las opciones. Con frecuencia, está entregada al control que otros ejercen, a las prescripciones de la tradición, a las cosmovisiones religiosas, a la culpa y la sumisión. Por esto, se suele decir que hay un ejercicio pre-potente de la vocación humana, en el sentido literal de la expresión, como experiencia anterior a la potencia de la fuerza interna.

Este modo de concebir la vocación tenía un gran efecto sobre el modelamiento de las actitudes que las personas desarrollaban. En el mundo tradicional se desarrollan y valoran actitudes como la fidelidad, la abnegación, la humildad, el respeto, la estabilidad, el autocontrol y la introversión.



## 2.2. El advenimiento de la “modernidad”

Aproximadamente, desde mediados del siglo XX, diversos fenómenos como la expansión de la industrialización capitalista y el crecimiento económico, el secularismo, la democratización de las relaciones interpersonales, la aparición de nuevos actores sociales, etc., hizo evolucionar nuestra sociedad, entrando en un proceso de modernización.

La sociedad moderna no valora la tradición sino la innovación. El orden social se considera modificable. Se busca en la ciencia, la omnicomprensión de la realidad, y la religión tiende a ser relegada a la esfera de lo privado y lo opinable.

Desde el punto de vista psicosocial, la cultura moderna produjo una interiorización de las decisiones sobre la vida personal y un anhelo de ser sujeto de toda propuesta para la existencia personal. Ello ha significado un evidente aumento de la libertad personal y, por tanto, del espacio para el crecimiento espiritual. Al mismo tiempo, ha significado una elevación de la calidad personal de cada existencia individual.

En la cultura moderna se valora fuertemente al individuo como sujeto de afectos, de decisiones y de capacidades de acción. Se busca la plena realización como satisfac-

ción de las necesidades psicosociales básicas, que incluye legítimamente el placer. El acento está puesto en los derechos personales, en el autodesarrollo y en el discernimiento personal, fruto de las propias convicciones. Por este motivo, hay un desprestigio de la función de la autoridad, bastante extendido, se la mira casi siempre con sospecha de autoritarismo y arbitrariedad.

En el mundo moderno prevalece una ética autónoma, controlada internamente por las propias convicciones. Se rinde un inmenso tributo al yo individual, como asiento de los deseos y necesidades personales y se desconfía del autocontrol y de toda inhibición de la espontaneidad. Hoy, lo más importante para las personas es la realización de sus deseos, por eso decimos si "quiero", "puedo".

En términos generales, podemos decir que en la cultura moderna prevalece un tono autoreferente, en todos los aspectos de la existencia, hay una enorme conciencia de las libertades y derechos personales y de la necesidad de procurarse una vida plena, placentera y feliz. Al mismo tiempo, se ha debilitado, hasta casi hacerse nula, la tolerancia a la frustración, oscureciéndose el sentido del dolor. Vivimos en una cultura con fuertes componentes subjetivistas, egosintónicos, autoreferentista, frívolos, autonomistas y secularistas.

Como es evidente, la cultura moderna modificó totalmente el modo de aproximarse a la vocación humana. El acento puesto en el cambio,

desarrolló la sensibilidad hacia la evolución en el tiempo y hacia los procesos a través de los cuales se dan las experiencias humanas. Por esto, hoy, la vocación se entiende como lo que cada uno llega a ser, fruto de sus procesos biográficos.

También se produjo un cambio en el modo de vivir la temporalidad. Allí donde la sociedad tradicional, acentuaba la felicidad futura en el más allá, la cultura moderna, pone el acento en el presente inmediato de la felicidad, connotando muy negativamente todo aquello que implique tolerar frustración.

Desde el punto de vista psicológico, se opera con una sobrevaloración de los impulsos, de los deseos y de las necesidades individuales, por encima de la preocupación por cómo ello afecta a los demás y al bien común. En la sociedad tradicional, las personas tendían a cumplir con su deber inhibiendo la satisfacción de sus deseos. En la sociedad moderna, se tiende a realizar los deseos, aunque sea a costa de inhibir el cumplimiento de los deberes. Esto suele configurar una tendencia al comportamiento frívolo y descomedido.

A diferencia de lo que se podría pensar a primera vista, la cultura moderna no favorece necesariamente un ejercicio protagónico de la vocación. La excesiva preocupación por el bienestar y la realización personal, connota la vocación como hecho meramente individual y la despoja de su componente ético. Decir "quiero", entonces "puedo ha-



cerlo", convierte las decisiones sobre el proyecto vital, en actuaciones impulsivas, momentáneas, transitorias, intensas, pero efímeras, en circunstancias, que todo proyecto vital es elegido, a largo plazo y estable.

De ahí que se plantee, que la cultura moderna propende a un ejercicio impotente de la vocación, en el sentido de la fragilidad que conlleva tratar de sostener los proyectos vitales basados en experiencias, que no están llamadas a proporcionar fortaleza ni capacidad, como son los impulsos espontáneos, los deseos o las emociones. Es impotencia, porque, a pesar de las intenciones de las personas no se logra la potencia necesaria como para llevar a cabo con éxito sus decisiones vocacionales.

Por cierto, la cultura moderna modela también actitudes con las que se viven los proyectos vocacionales. Las personas desarrollan y valoran la flexibilidad, la autorealización, la asertividad, la espontaneidad, la innovación, la expresividad y la extroversión.

## 2.3. Hacia una nueva síntesis cultural



Como podemos ver, nuestro mundo ha cambiado muchísimo en los últimos cien años. Con el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, han cambiado las claves de comprensión de nuestro mundo y de nosotros mismos.

Sin embargo, muchos están convencidos que actualmente estamos asistiendo a un nuevo cambio de estas claves de comprensión. Muchos creen ver en las últimas décadas, claras evidencias del paso a una nueva etapa. Y los que no lo ven así, al menos están convencidos de que la actual realidad, nos está exigiendo un cambio cualitativo. Cual más cual menos, todos sentimos que hay tantas cosas que habría que vivir de otra manera, mentalidades que cambiar y miradas que modificar sobre nuestro mundo y sobre nosotros mismos.

Como sea, nos damos cuenta que la humanidad en general está de lleno viviendo la cultura moderna, con su acento en el individuo y la subjetividad, pero en camino a una cultura superadora de las deficiencias de la cultura moderna, que culminará, al menos eso deseamos, en una nueva síntesis cultural.

Por motivos diversos, todos estamos interesados en los cambios de la cultura. La dificultad consiste en que muchos, descontentos con las debilidades actuales, creen que se las podría superar volviendo al pasado. Sin embargo, los procesos culturales nunca involucionan, aunque en forma aislada,

a nivel microsociales, pueden darse experiencias involutivas. Más que volver al pasado, se trata de superar las debilidades de la cultura actual, sin renunciar a sus cualidades.

Para esto, necesitamos trascender al individuo, asumiéndolo y yendo más allá, viviendo el autodesarrollo en el contexto de un desarrollo viable para todos, practicando las opciones personales en el marco de las urgen-



cias de los otros, gozando de satisfacciones personales genuinas, en un medio genuino, viviendo

los derechos personales en el contexto de los recíprocos deberes.

Es importante tener en cuenta que no se trata de volver atrás simplemente, aunque ello fuera posible. Tampoco se trata de aceptar conformista y acríticamente la realidad actual. Se trata de hacer una nueva síntesis, que permita conservar lo que vale la pena conservar, y cambiar, lo que sea preciso cambiar. Necesitamos comprender que el orden social tiene valores permanentes y modificables y que es preciso discernir entre unos y otros, que no se trata simplemente de conservar todo, por temor al cambio, ni de cambiar todo, por rebeldía y rechazo a la tradición.

Es urgente comprender que lo objetivo y lo subjetivo no se oponen, comprender que no hay objeto sin sujeto, ni sujeto sin mundo. Hasta ahora hemos hecho opciones polares. La verdad era objetiva en el mundo tradicional. La verdad es subjetiva en el mundo moderno. Los tiempos están maduros para la necesaria síntesis.

Como consecuencia directa de lo anterior, es preciso volver a poner el acento en la necesidad de respetar una ética de los valores superiores objetivos.

Sin embargo, no tienen por qué ser una imposición externa, los valores éticos que cautelan el bien común es posible y necesario, vivirlos como una elección personal.

Otro punto relacionado con este tema, es el que se refiere a la oposición entre la ciencia y la fe y entre la experiencia emocional y la razón o la fe. Necesitamos comprender y respetar la autonomía de la experiencia personal, la autonomía de la ciencia y la autonomía de la fe, como ordenamientos diferentes de la experiencia humana, diferentes e igualmente necesarios todas.

Parece urgente hacer una reelaboración del modo de concebir la autoridad, que posibilite un sano ejercicio de la misma, en un marco de respeto a las libertades personales y, un sano ejercicio de las libertades personales, en un marco de responsabilidad.

Como podemos ver, necesitamos una síntesis cultural que asuma lo

positivo y corrija lo negativo que ha habido en la cultura tradicional y en la cultura moderna, y permita arribar a una cultura democrática, de responsabilidades, generativa, significativa y creyente. Para nuestro interés, lo más importante es la posibilidad de inscribir en esta nueva síntesis cultural, un nuevo modo de ver y vivir la vocación humana.

Después del recorrido que ha seguido nuestra cultura durante los últimos cien años, estamos en condiciones de comprender que la vocación humana, no es lo que cada uno tiene que ser, por obligaciones con la tradición, ni lo que cada uno llega a ser, fruto de los azares de la evolución biográfica. La vocación personal es lo que cada uno descubre ser, fruto de un llamado.

Es un auténtico descubrimiento, en el cual los talentos, las inclinaciones, las motivaciones y las opciones, no se explican como fruto de antecedentes genéticos, condicionamientos de la infancia, aprendizajes o modelamientos culturales, aunque hayan sido adquiridos efectivamente por esas vías. El conjunto de factores que contribuyen a sostener la vocación son siempre expresión de un misterioso llamado, cuya fuente es la voz del Espíritu.

Necesitamos responder de un mejor modo, a la pregunta sobre cuál es el tiempo para ser felices. Ahora estamos en situa-





ción de comprender que la realización personal, tiene una culminación eterna, pero comienza aquí y ahora. Sin embargo, hay que cuidarse de confundir el tipo de presente del que hablamos.

Hay un presente inmediato, que es el tiempo de las experiencias superficiales que se caracterizan por el escaso compromiso valórico que implican, lo que las hace fácilmente sustituibles por otras. No logran penetrar la interioridad y, por tanto, carecen de estabilidad y arraigo existencial.

Hay un presente trascendente, que es el tiempo de las experiencias profundas, que se hunden en el sí mismo, que es el núcleo, en torno al cual, gira y se proyecta la existencia personal. En las experiencias profundas, crece el horizonte de sentido de la propia vida y se interioriza, dándole fundamento a la propia vida. Siempre es un debate, que agita al sí mismo, en un dilema de valores por los

cuales optar.

Hagamos un paréntesis para poner un ejemplo. Frente al sufrimiento de otros, nuestra ayuda puede ser una reacción de benevolencia o de solidaridad. En el primer caso, la ayuda es una respuesta reactiva, fruto del contagio emocional que produce ver sufrir a otros o que me pidan ayuda, contándome del sufrimiento de otro. Eso nos afecta emocionalmente y respondemos ayudando. Es una reacción impulsiva en la que no se implican la conciencia, las valoraciones ni las decisiones. Es una vivencia de presente inmediato, porque nos sumerge pasivamente en una ola de sentimentalismo que nos inunda, intensa, pero momentáneamente, como fuego de virutas.

La solidaridad en cambio, es la respuesta que nace de sentirse afectado valorativamente por el sufrimiento del otro, que incluye el ser afectado emocionalmente, pero lo trasciende, inscribiéndose en la es-

fera de la experiencia profunda. Por esto, la solidaridad se anticipa al sufrimiento del otro y se compromete con él, lo vea sufrir o no lo vea, me pidan ayuda a no me la pidan. Es una opción, vale decir, una elección libre en función de los valores que he decidido que vale la pena cuidar.

Se llama presente trascendente, puesto que la existencia se haya claramente relacionada con algo extra y supra-individual, no se limita a la mera esfera de la satisfacción personal, se busca una realización a través de acciones y significados, que la trascienden. Por propia voluntad se decide colaborar en la construcción de valores objetivos, de cuya realización nos sentimos, en parte responsables.

Esta nueva síntesis que estamos buscando, nos puede poner en camino de hacer un ejercicio potente de la vocación humana, en el sentido de estar efectivamente a cargo de las



propias decisiones, con el fundamento valórico necesario para sostenerlas en el largo plazo, y con un sentido de unificación interior, en el que por fin, lo que "quiero", coincida con lo que "debo" y lo que "puedo" hacer.

Esta nueva síntesis cultural requiere y facilita habilidades tales como, una responsabilidad que no nace de la culpa sino de abrazarse sin reservas a la experiencia del amor, con sus júbilos y sombras; una capacidad de establecer relaciones sólidas, buscando no sólo sentirse bien sino recorrer el camino de la vida, con valentía, sin restarse ni ante las dificultades ni ante los placeres; ser capaz de gozar de la intimidad consigo mismo, con una aceptación valerosa y abierta de las riquezas, complejidades, profundidades y extensiones de eso que llamamos sí mismo.

Creemos que permite y requiere también, vivir un trascendente desapego de las realidades cotidianas para estar plenamente disponibles y, a la vez, implicarse apasionadamente en la vida cotidiana; desarrollar toda la potencia de la autonomía y la libertad personal, para entregarla perseverantemente al servicio de una tarea superior; valorar y gozar el arraigo en una comunidad humana que da identidad, contiene y cuida, y al mismo tiempo, no huir de la identidad personal, no renunciar a la singularidad ni a la capacidad de ser independiente; sumarse militantemente a la tarea de mejorar el mundo, uniéndolo a la propia suerte a la de quienes más sufren, aprendiendo con ellos a vivir la solidaridad y a diseñar soluciones conjuntas, sin vanguardismos, ni asistencialismos, ambos igualmente retardatarios.

Como podemos ver, estamos convocados a una tarea mucho más amplia, empeñativa y trascendente, que sólo acompañar a los jóvenes a resolver su proyecto vital. Estamos convocados a renovar la vocación humana, a develar la trascendencia, significación y sentido que desde siempre hemos intuido que tiene, porque es el aliento con que el mismo Dios nos llamó a la existencia, pero que hasta ahora hemos balbuceado más que pronunciado con propiedad.

En fin, estamos convocados a sumar nuestro esfuerzo a la gozosa tarea de contribuir a liberar a tantos jóvenes, del riesgo de perpetuarse en el dolor del fracaso, en la angustia de la desorientación y la amargura de la infidelidad, permitiéndoles mirar y cuidar su vocación, de un modo nuevo.



BICENTENARIO DEL NACIMIENTO  
1815 • DON BOSCO • 2015